

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 23 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 108.



CASCABEL

Una mañana espléndida de Mayo se escapó *Cascabel* del suntuoso palacio que habitaba en compañía de Blanquita, una encantadora niña que lloró amargamente la desaparición de su gatito. Como el ambiente está impregnado de las teorías modernas, se filtran en todos los cerebros y envenenan los corazones, llegando su influencia hasta los

Ayuntamiento de Madrid

animales domésticos, que antes eran felices disfrutando del calor de la estufa, durmiendo sobre una butaca y comiendo más de lo necesario generalmente, y hoy les parece insoportable depender de otra voluntad, *Cascabel*, convencido de que no debe sufrir por más tiempo tan cruel tiranía, aprovechando un momento de descuido, se escapa. Una vez dueño de su libertad, corre y juega como un loco, hasta que el cansancio le rinde y se tiende al sol pensando que debe ser la hora de almorzar, porque empieza á sentir hambre. Recuerda los mimos de Blanquita, que al volver de paseo le colmaba de caricias y le hacía sentarse á su lado, en el suelo, mientras comía, para darle de todo lo que sabía que á él le gustaba, y luego le llevaba en brazos á la cocina y ella misma le preparaba su plato, diciéndole mil cosas cariñosas.

—Allí lo pasaba bien, es cierto—exclamó,—pero ahora que estoy libre lo pasaré mejor.

Se incorporó, arqueó el lomo y escuchó. Se le figuraba que oía un ruido que no le era desconocido. A los pocos segundos apareció un ratón monísimo, empujando con gran esfuerzo una lata de carne de Chicago. Con asombrosa rapidez pensó que le convenía más hacerse amigo del ratón, en vez de comérsele, porque él sin duda conocería el medio de buscarse la vida y podría enseñarle todo lo que era indispensable para vivir como un bohemio, y procurando dulcificar su voz para inspirarle confianza, dijo en tono muy triste:

—Ratoncillo, estoy herido, no puedo moverme; si tú quisieras ser mi protector, yo seré el más humilde de tus servidores.

El ratoncillo, desconfiando de la sinceridad del gato, se subió á un árbol y desde allí repuso:

—Si es cierto que estás imposibilitado y me necesitas, yo te curaré y te procuraré alimento, pero temo que lo que deseas sea tenerme cerca para comerme.

Cascabel se levantó y dijo con altivez:

—Merecerías en verdad pasar ahora mismo á mi estómago, por dudar de mi nobleza, pero te perdono porque te necesito. No seas tonto, baja y vivamos como hermanos. Yo soy joven y fuerte; te defenderé siempre y tú en cambio me enseñarás el sitio en que se encuentran manjares como el que encierra esa lata.

—Sea—contestó el ratón,—pero prométeme no hacerme daño nunca.

—Prometido.

Se dieron un abrazo y quedó la sociedad constituida.

—Ahora comeremos, si quieres—dijo el minino,—el sabroso contenido de esa lata.

—No, porque la reservo para los días terribles de invierno, que no se encuentra un insecto ni una planta que roer. Hoy tengo un pedazo de queso y alguna otra cosilla que ofrecerte. Ayúdame á empujar la lata hasta su escondite y después almorzaremos.

—Con mucho gusto, pero antes vamos á probarla nada mas.

Con más maña que fuerza consiguieron abrirla, comieron un poquito y la depositaron entre tierra al lado de la tapia de un jardín. Un día en que la comida había sido más modesta que de ordinario, recordó *Cascabel* la carne de Chicago y relamiéndose de gusto se acercó á su compañero, y le dijo:

—Querido ratoncito, estoy muy triste; han venido á decirme que una prima mía está muy mala y tengo que dejarte un buen rato para ir á verla. Come y no me esperes.

El ratón le vió marchar con verdadera pena, y considerando indigno comer mientras *Cascabel* lloraba, se sentó á la puerta de su vivienda á esperarle. Al fin le vió venir y salió á su encuentro preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Cómo está tu prima?

—¡Ya murió!

—¿No habrás tomado nada?

—Figúrate quién era capaz de comer viendo aquel cuadro.

—Pues mira, yo tampoco he comido pensando en ti; ven y te daré alguna cosilla.

—Imposible, no puedo, come tú.

—El ratoncillo, que era observador, noto que *Cascabel* se relamía de vez en cuando, y sospechando una traición echó á correr con dirección al sitio donde guardaban la lata. Al poco tiempo volvió, y despertando al gato, que dormía profundamente, le dijo en tono de reconvencción:

—¿Conque se ha muerto tu prima? Sin duda habras llevado á sus desconsolados hijos mi carne de Chicago, ¿verdad? ¡No esperaba yo semejante acción de tu nobleza!

Cascabel, furioso, se levantó, y abalanzándose sobre el pobre ratón, exclamó:

—Ahora te enseñaré si á mí se me piden cuentas de mis actos.

Y olvidando los beneficios que el pobre animalito le había hecho, le cogió por el cuello y le mató.

Así solemos conducirnos también los seres racionales. Cuando necesitamos de alguien le ofrecemos protección y cariño, presentándonos á sus ojos como santos, pero no soportamos que descubran las faltas que no tuvimos inconveniente en cometer en presencia de Dios.

MARIA DE PERALES.

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

Aquí tienes, Juanito, al amigo D. Fruela que nos mira como retándonos á que recordemos su vida y milagros.

—¡Es D. Fruela, papá! ¡D. Fruela I...!



FRUELA II

—¿Y nada más...? ¡Me parece bastante!

—Dices bien. Ahora prepárate para dar un salto morrocotudo... Mira; mira á D. Felipe III.

—Felipe III, hijo de Felipe II y de doña Ana de Austria, empezó á reinar en 1598...

—Despacio, despacio.

—De carácter franco y apacible y con menos talento que su antecesor...

—No, hijo mío; es D. Fruela II... ¿No has visto la inscripción?

—Es verdad... "Murió, año 924."

—Eso dice, en efecto; pero yo he leído en alguna parte que murió el 875... ¡Cualquiera se fía de los historiadores...! Vamos, dime lo que sepas de él...

—Nada. Sólo recuerdo su nombre, porque lo recitamos de corrido al pasar lista á los reyes...

—Y menos mal que no le han borrado en la tuya, porque en algunas historias está excluido... Fué rey de Asturias, que por entonces era la España propiamente dicha, después de la hazaña de D. Pelayo.

—Desde un rincón de Asturias, D. Pelayo—hizo á España volver de su desmayo...

—¡Eso es...! Bueno, pues este D. Fruela, creyéndose con derecho á la corona, entró en Oviedo á la cabeza de un ejército, y se hizo proclamar rey. Pero duró poco en el trono, siendo asesinado por los partidarios de Alfonso III, á quien habían arrebatado la corona. Y nada más.

—¡Caracoles...! ¡Vaya un juicio crítico!

—... abandonó la dirección de los negocios públicos en manos del duque de Lerma, el cual se dejó dominar por el famoso D. Rodrigo Calderón.

—¡Alto...! ¿Sabes quién era este D. Rodrigo...? Aquel que se cita siempre como orgulloso cuando le ahorcaron.

—¡Ah, sí...! Ambos dedicáronse á proteger á sus amigos, á repartir empleos y prebendas, lo cual, unido á los grandes gastos de la corte y á los originados por las guerras sostenidas con los ingleses, con los holandeses, con los berberiscos y con los turcos, originó la miseria del país, para el cual empezó la decadencia.

—¡Hombre, no está mal el compendio...! Sólo te faltan algunos detallitos, porque ni los pormenores de este reinado ni los de ningún otro, naturalmente, debes saberlos todavía... ¡Digo yo!

—¡Algunos sí que los sé!

—Por ejemplo...

—Felipe III casó con doña Margarita de Austria, de quien tuvo varios hijos.

—¡Vaya un detalle!

—¡Pues no sé otros!

—Sí que los sabes, pero no los recuerdas... Por ejemplo, que perdimos dos escuadras considerables...

—Sí, sí...

—¿Ves...? Y que se trasladó la corte á Valladolid, volviendo á Madrid poco después...

—Eso no lo sabía.

—Fué una de tantas cosas como hizo Felipe III por ver si contentaba á sus súbditos. Porque

este rey era una buena persona, aunque su reinado no fuera muy feliz para España. Parece que su papel de rey le asustaba un poco, y que lo hubiese dejado para vivir tranquilo, si le hubiera sido posible...

—¿Pero es que los reyes no son completamente felices?

—No, hijo mío, que también sufren como los demás mortales, y algunos son verdaderamente víctimas de sus deberes...



FELIPE III



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

Y va de cuento. Había hace muchos siglos, muchos, un reino que era un verdadero primor. Su cielo se mostraba de un purísimo azul, jamás alterado por nubes ni nieblas. El sol, claro, radiante y espléndido, reía sin cesar; las calles de aquel paraíso eran todas anchas y alegres; las casas, blancas y rosadas; los jardines, pletóricos de olorosas y lindas flores; los campos, fértiles, llenos de trigo, cebada, centeno y toda clase de grano.

Sólo rompían aquel plácido concierto unas horribles tempestades que estallaban de vez en cuando, pero de improviso, sin previos entoldamientos de la atmósfera; sin negruras en el firmamento. De repente, en medio de la riente claridad de un sol esplendoroso, rasgaba el azul purísimo del cielo un relámpago, al que seguían truenos retumbantes, horrisonos, capaces de poner pavor al más valiente. Estas tempestades eran el terror de todos los habitantes del país, especialmente de los niños, los cuales, apenas brillaba impensadamente la claridad del relámpago, huían despavoridos á refugiarse en sus hogares, y no dejaban de temblar hasta que se hallaban protegidos en el regazo maternal.

Pues señor...

Entre los niños que habían nacido y vivían en el reino de Alalia (nombre que llevaba el sitio de que me voy ocupando) existían dos, un niño, que se llamaba Urso, y una niña, que atendía al nombre de Pipá.

Urso era un varoncito de unos once años; moreno, fuerte, ágil y valeroso; con ojos grandes, rasgados, negros y luminosos, en los cuales se leía una clara inteligencia y una voluntad enérgica.

Pipá era una preciosa niña de ocho Mayos; rubia y rosada como los angelitos del cielo, y, como ellos, dulce y cariñosa. Ambos niños eran amigos excelentes, pues se habían criado juntos, á causa de que sus padres poseían colindantes dos rosadas casitas y los floridos huercecillos. Urso y Pipá estaban habituados á hacer correrías por los montes y bosques, siempre alegres y contentos, en busca de plantas raras y flores exóticas; el aire y el sol eran íntimos y cariñosos amigos de los dos pequeños camaradas, y los acariciaban con amor, tostando el cutis del muchacho y los rubios cabellos de la nena, aunque respetando de ésta su tez, que parecía amasada con leche y rosas.

Durante algunos de estos paseos á través de los campos les habían sorprendido tempestades fuertísimas que hicieron temblar á Pipá y obligaron á Urso á desempeñar el papel de compañero valiente y protector de la rubia y delicada niña.

Ocurrió que un día se citaron los dos niños para ir en busca de unas plantas medicinales que deseaban hallar para regalárselas á una viejecita que vivía en un lejano caserío; estaba muy enferma y era antigua y buena amiga de los padres de ambos pequeñuelos.

Marcharon éstos risueños y gozosos campo adelante, y andando, andando se internaron en el bosque.

—¿Se nos hará de noche, Urso?—preguntó la tímida niña.

—¿Tienes miedo, Pipá?—preguntó el muchacho.

—Siempre tengo miedo cuando llegamos tan lejos, por si empieza una tempestad.

—No tengas miedo, tontina—repuso el niño.—Yo soy capaz de defenderte contra todos los peligros.

—A pesar de eso tengo miedo.

—¿Entonces no te atreves á una cosa?

—¿A qué?

—A llegar al castillo de las Hadas Blancas.

—¡Ay, no!

—Pues yo tengo muchos deseos de ir hasta él. ¡Dicen todos los viejos de Aralia que existen en ese castillo muchísimas maravillas!

—¡Esos son cuentos, Urso!—dijo Pipá.—Mamá dice que son leyendas.

—Pues papá dice que es verdad—dijo Urso.

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



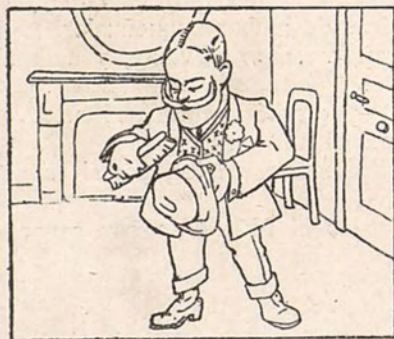
EL HOMBRE



1. La noche del *debut* de la Asquerino resolvió no faltar el pollo Lino.



2. De agua clara llenó la palangana y allí se zambulló como una rana.



5. Y terminó, de modo bien sencillo, dando el toque final con el cepillo.



6. Con aire que delata su contento, dirigióse al teatro á paso lento.



9. Después, á una gitana, conmovido, unos perros le dió para el cocido.



10. No paró aquí la cosa; un caballero saludóle, al pasar, con el sombrero.

BRE PROPONE...



3. Después, ¡es natural!, para estar bello *planchó* el bigote y se atusó el cabello.



4. Siguiendo diligente *su tocado*, se sentó, colocándose el calzado.



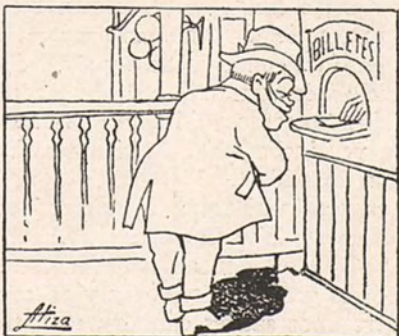
7. A poco *tropezó* con un mendigo, que le mostraba un brazo como un higo.



8. Socorrióle, y al punto otro pobrete para sus chicas le pidió... ¡eran siete!



11. Y después del saludo... ¡voto á Baco! le dió, con buenos modos, un atraco.



12. En suma; que al llegar á la taquilla no llevaba el valor de una cerilla.



RELATOS DE CAZA

CAZA FRUSTRADA

El abuelo y la nietecilla, después de pasearse un rato por el hermoso parque que guarda como gallardo estuche la suntuosa morada, se sentaron en un banco al pie de un desnudo álamo. El día estaba encantador. El viento dormía totalmente, pues en Enero siempre molesta, aunque sea céfiro blando ó favonio delicado. Las nubes se mantenían pegadas á las cimas de la cercana sierra y el sol caía sobre la tierra como una caricia. El abuelo sacó un libro y la nieta se pasmó viéndole engolfarse en la lectura y alzar de vez en vez los ojos y clavarlos en el cielo y en cuanto le rodeaba y meditar. Una vez murmuró:

—¡ Y todo, como yo, ha de morir... !

Otra vez inclinó la cabeza hasta dar con las narices en el libro... Se había dormido...

En cuanto la nietecilla lo advirtió echó á correr de puntillas y anduvo vagando de uno en otro sitio. Entretúvose en jugar con unas hormigas, en cuyos bien adiestrados escuadrones causaron sus sonrosados deditos grandes destrozos y en convertir el pilón de un surtidor, que entre unos sauces cantaba, en disforme océano, del cual eran gigantescos transatlánticos unos barquitos de papel contruídos en el arsenal de sus gráciles manecitas. Pero todas estas ocupaciones fueron abandonadas por la caza de una pintada mariposa que, desgraciada-

mente para ella, se puso ante sus ojos. Nunca fuera lepidóptero perseguido con tanta saña. La graciosa chiquilla fué desalojando de las corolas de unas violetas, de las verdiobscuras ramas de un arrayán y hasta de los secos brazos de un eucaliptus muerto. La cazadora se enardecía; pero la desventurada mariposa tuvo la bendita ocurrencia de encaminarse hacia donde estaba el abuelo, que por cierto seguía durmiendo con el libro entre las manos y con la barbilla hundida sobre el pecho. Posóse junto á él como pidiéndole protección y comenzó á balancearse burlonamente sobre una brizna de *gazon*. La chiquilla, que no podía dejar impune tamaño desacato, no encontrando á mano más arma que una regadera, se la arrojó, con lo cual la mariposa no fué muerta; pero se armó tal estrépito, que el abuelo despertó sobresaltado.

—¿Qué haces?—dijo dulcemente á su nieta.

Pero ésta, que andaba mirándolo y escudriñándolo todo, empezó á llorar llena de desconsuelo... ¡Ahí era nada...! Con el ruido, con el despertar de su abuelo y con detenerse á coger el libro que se había caído al suelo, la mariposa había desaparecido...

—¡Déjala!—dijo el abuelo consolándola.—Si la hubieras cogido, sus alas tan bonitas, ya no serían, entre tus dedos, más que un poco polvo... ¡Ojalá que mañana, cuando las ilusiones mariposeen en torno tuyo, sepas abstenerte de cazarlas todas...! Así te evitarás muchos desengaños...

JOSE A. LUENGO.





LAS BARBAS DEL VECINO

SAINETE INFANTIL

PERSONAJES

La tía Cotilla, sesenta años; Rosita, diez; el viejo Colás, setenta; el alcalde, treinta; Luciano, doce; Perico, diez; Blasillo, trece.

El teatro representa un campo en las inmediaciones de un pueblo. Varios árboles y un banco de piedra.

ESCENA I

LUCIANO y BLASILLO; después ROSITA y PERICO.

Luciano lleva en una correa los libros del colegio; Blasillo viste de aldeano.

LUC. Este es el lugar en donde los tenemos que esperar.

BLAS. Aquí dijimos; por cierto que ya tardan mucho.

LUC. ¡Bah!

No tienes tú poca prisa. ¡Si acabamos de llegar!

BLAS. Acabamos... acabamos... porque hemos tardado más *por mor* de coger las peras en el huerto del tío Juan.

LUC. Sí, *por mor*, como tú dices, de querérselas quitar...

y quedarnos con las ganas.

BLAS. ¡Cualquiera se atreve ya á saltar aquellas tapias con el perrito que hay!

LUC. Sí que debe de ser grande.

BLAS. ¿Tú no le has visto?

LUC. ¿Yo? ¡Quia!

Pero calculo el tamaño por el modo de ladrar.

¡Vaya una voz que me gasta!

BLAS. ¡Chiquillo! No hice yo más que *amontarme* en la pared, cuando de las matas que hay en el rincón de la cuadra, á diez pasos del peral, salió el demonio del perro ladrando á todo ladrar.

LUC. Menos mal que no alcanzaba á la tapia, ¿no es verdad?

BLAS. ¿Y qué tenemos con eso?

¿Y si se entera el tío Juan y me pesca en el garlito?

¡No es tunda la que me da! Porque el tío Juan es mu-
[bruto.

y si llega á averiguar que iba á quitarle la fruta, ¡hace una barbaridad!

LUC. La verdad es que tendría

razón, porque cada cual lleva muy á mal, Blasillo, que le vengan á robar.

BLAS. ¿Robar? ¡Pues no eres tú na-
[die!

LUC. ¿No son de su propiedad?
Pues el que coge lo ajeno...

BLAS. Pues tú pensabas tomar parte de las que cogiera.

LUC. Sí, chico, y hacía mal, igual que tú, y si tú quieres que te diga la verdad, me alegro de lo del perro.

BLAS. ¿Que te alegras?

LUC. ¡Claro está!
Así nos hemos librado de cometer tal maldad, que nos hubiera pesado muy pronto.

BLAS. Te pesarán á ti estas cosas, que á mi...
¡Si me fueran á pesar las que llevo hechas!

LUC. Por eso no quería yo empezar, porque si uno se acostumbra ni repara en que hace mal.

BLAS. ¡Chico, basta de sermón!
¡Pareces un capellán!
Vaya, vaya, esos no vienen, ya nos podemos largar.

LUC. Espera un poco.

BLAS. Que vayan á buscarnos.

LUC. No sabrán.

BLAS. Pues si no saben, que apren-
[dan,
yo no los espero más.

LUC. Considera que nosotros los hemos hecho faltar al colegio y exponerse á un castigo, y si además los abandonamos...

BLAS. ¡Posmas!
¿Pero qué diablos harán que tardan tanto?

LUC. ¡Quién sabe lo que ha podido pasar!
Yo hasta que los vea aquí no tengo tranquilidad.

PERI. ¡Luciano! (*Dentro.*)

LUC. Ya están llegando.

ROSA. ¡Perico! ¿Y Rosa?

LUC. (*Saliendo.*) ¡Aquí está!

ROSA. ¿Qué os ha pasado?

PERI. ¡Ay, qué susto!
Veníamos para acá,

cuando por la callejuela que sale á la Trinidad, asoma...

LUC. ¿Quién?
ROSA. ¡Don Severo!

LUC. ¿El alcalde?

PERI. ¡Con papá!

ROSA. Ya ves tú qué compromiso.

LUC. ¿Qué dijisteis?

PERI. Que hoy no hay escuela y que nos marchába-
[mos
á casa de Soledad.

ROSA. Y para que lo creyeran tuvimos que rodear por el barrio de la Zarza.

BLAS. ¡Así tardabais la mar!

ESCENA II

DICHOS; después LA TIA COTILLA

BLAS. ¡Ea! Basta ya de charla; hemos estado esperando una hora á que vinieseis...

LUC. ¡Pues no eres tú exagerado!
¡Una hora!

BLAS. ¡Lo que sea!
El caso es que ya me canso de tanto contemplar gaitas.
¿Nos vamos ó no nos vamos?
El colmenar está lejos y tenemos para rato.
Ya me pesa haberos dicho que vinierais.

PERI. Pues andando.

ROSA. No nos gruñas más, Blasillo.
(*A Blasillo.*)
¿Dices que está lejos? ¿Cuánto habrá de aquí al colmenar?

BLAS. Una legua y media.

LUC. ¡Diablo!
¿Cómo va á llegar Rosita?

BLAS. Un rato á pie y otro andando.

PERI. Ida y vuelta son tres leguas.

ROSA. ¡Tres leguas yo no las ando!

LUC. ¡Esta es la más negra! Luego cualquiera te trae en brazos cuando el que más y el que [menos
estaremos reventados.

ROSA. ¿Por qué no me lo habéis di-
[cho
antes? No hubiera faltado al colegio...

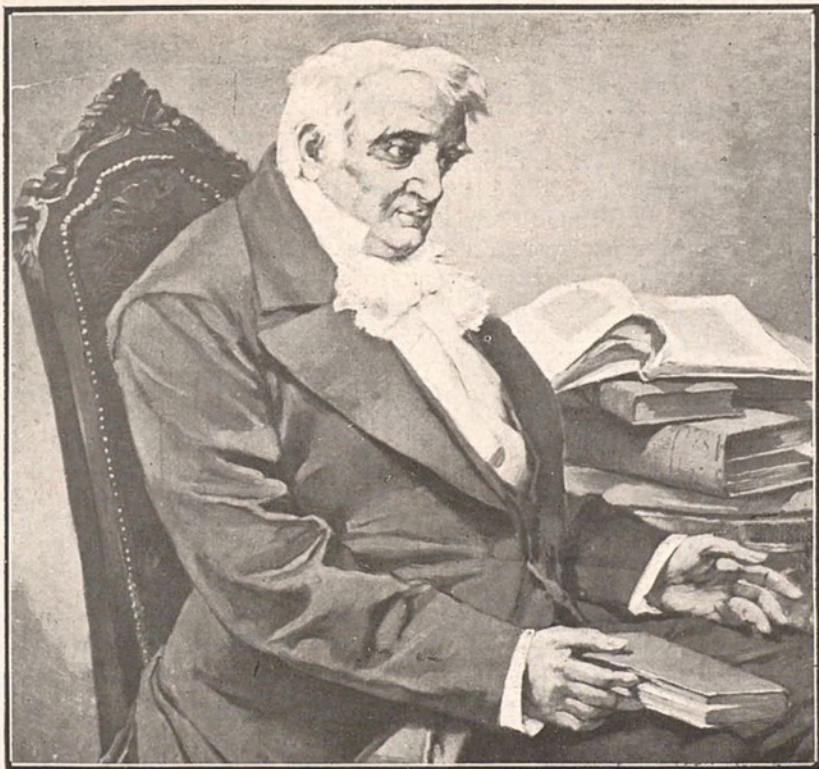
PERI. Razón tienes;
este Blas debió avisarnos.

Continuará.



LOS NIÑOS JAPONESES

El Japón, que después de sus victorias es objeto de la curiosidad universal muestra ya en sus tiernas criaturas sus rasgos característicos. Los niños japoneses apenas lloran. Cuando sufren esas pequeñas contrariedades propias de la infancia, como el fracaso de un capricho, una caída, etc., etc., en vez de romper en llanto, quédanse un momento perplejos y luego siguen como si nada les hubiese acontecido. Son también valerosos en sus juegos, y así las madres no los custodian con el cuidado que entre nosotros. Las chicas pequeñas suelen llevar á sus hermanitos en el *kimono*, y aunque saltan y corren con su carga, los niños no gritan ni se desesperan. Así son luego, de hombres, sufridos, valerosos y confiados. Falta decir que se los educa con toda libertad, con sujeción á la higiene y enseñándoles prácticamente el cumplimiento de sus deberes y el más puro amor á la patria.



ESPAÑOLES ILUSTRES

MANUEL JOSE QUINTANA

Uno de los varones que más se significó en los días de la invasión francesa, por su amor á la patria y por la entereza con que contra el poder absoluto defendió los derechos de la soberanía popular, fué, sin duda, el hijo de Madrid D. Manuel José Quintana, poeta, político é historiador, cuyo nombre recibió en vida el homenaje nacional que después le había de rendir para siempre la historia. En esta heroica villa nació el 11 de Marzo de 1772. Su talento y las esperanzas que hizo concebir desde los primeros años le merecieron la predilección de sus maestros, tanto en Madrid como en Córdoba y Salamanca, donde, respectivamente, cursó las primeras letras, latinidad, humanidades y derecho civil y canónico.

No contando aún veinte años, acudió con una obra sobre *Las reglas del drama*, al Concurso abierto á los poetas por la Academia Española en 1795, que él mismo juzgó desfavorablemente cuando más tarde la publicó. Los graves sucesos que surgieron á raíz de la traición napo-

Ayuntamiento de Madrid

leónica avivaron en su alma aquel inmenso amor que sentía por la patria, y aprovechando cuanta ocasión se le ofrecía para darlo á conocer, publicó sus canciones, de las cuales Menéndez y Pelayo escogió la titulada *A España, después de los acontecimientos de Marzo*, para inmortalizarla en el tomo *Las cien mejores poesías*. En aquellos luctuosos al par que heroicos días, dió á la estampa las *Al mar* y *A la invención de la imprenta*, alcanzando por ellas gran fama de poeta. En 1801, en el coliseo de la Cruz, ve representado su primer trabajo dramático, la tragedia *El duque de Viseó*, y cuatro años después, *Pelayo*, que fué recibida con grande y general contento. Las desdichas del 2 de Mayo de 1808 hacen suspender á este varón los estudios que tenía comenzados. El año antes había dado á la estampa su primer tomo de *Vidas de españoles célebres*, que es lo mejor que se ha escrito en castellano sobre historia biográfica, y muchos trabajos en el periódico *Varietades*. La persecución le hizo marchar de Madrid y trasladarse á Sevilla; en ésta, la Junta Central le da el cargo de oficial mayor de la secretaría y en el mismo año el de secretario del Rey. En el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos, entonces tan urgentes y graves, escribió *Colección de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena* y el *Semanario patriótico*. Cuando Fernando VII, detenido en Bayona, no podía gobernar su reino, las Juntas provinciales y el Gobierno determinaron reunir Cortes nacionales en Cádiz y formar en ellas la nueva Constitución que refrenara los abusos del pasado y diera garantía al derecho del hombre en lo porvenir. A ellas acudió este entusiasta español; en ellas, como Muñoz Torrero, Argüelles y otros inolvidables varones, alcanzó lauro, ya entendiéndolo en la ley de imprenta, en las relaciones internacionales y en el plan de estudios que le encomendaron y se aprobó.

A raíz de todos estos hechos ocurrió la vuelta del más desdichado Rey, quien, con el apoyo de las tropas del general Elío, retrogradó cuanto se había progresado á los días anteriores á su marcha. Por esto, Quintana, como otros, fué encarcelado por el solo delito de haber constituido las Cortes de Cádiz, que son á las que debemos la libertad de que disfrutamos. Ocho años estuvo preso en la ciudadela de Pamplona, hasta que la sublevación de Riego, en 1820, le abrió las puertas de la cárcel. Su labor literaria, como su gestión política, han merecido la corona de gloria que la nación entera y la reina Isabel II ciñeron en sus sienes el memorable día de 25 de Marzo de 1855, en el salón del Senado, cuando cumpliéndose la iniciativa del periódico *La Iberia*, todo el pueblo español se reunió y asoció á aquel singular homenaje.

Influyó notablemente en cuanto significaba progreso y reformas, y sus cantos, como sus odas, y como todas sus producciones literarias, le han colocado entre los primeros escritores de España. Madrid lloró su muerte el día 11 de Marzo de 1857.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA